



LENGUA, MORALIDAD, INSTRUCCION

PRECIO.

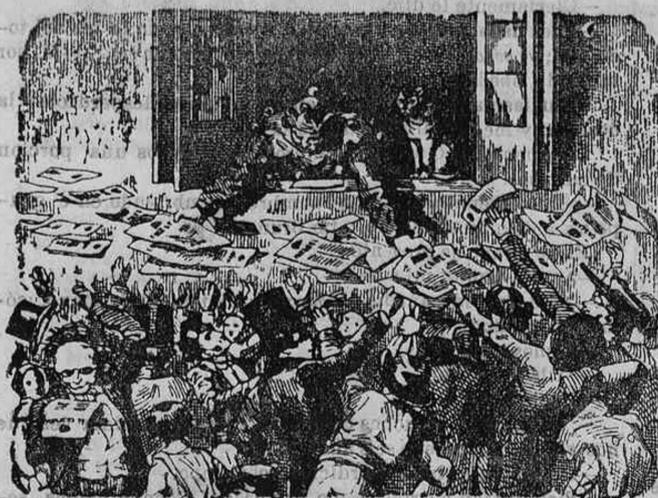
MADRID.

Tres meses. 3 rs.
Seis id. 6 »
Un año. 12 »

PROVINCIAL.

Tres meses. 4 rs.
Seis id. 8 »
Un año. 16 »

CASERO BUELTO, DOS CUARTOS.



LITERATURA, CIENCIAS Y ARTES.

PRECIOS.

EXTRANJERO.
Tres meses. 22 rs.
Seis id. 38 »
Un año. 74 »
Francia.— Pueden hacerse las suscripciones enviando a esta Administracion el importe en sellos franceses del correo.
Se suscribe en la Habana: Propaganda literaria, calle de la Habana, núm. 100.
AMERICA.
Seis meses. 38 rs.
Un año. 70 »
FILIPINAS.
Seis meses. 60 rs.
Un año. 100 »

DIRECCION Y ADMINISTRACION
Calle de las Hileras, núm. 4, bajo.

EL CASABEL.

El programa, los principios y los fines de EL CASABEL, se explicaran ampliamente en el prospecto de ponerse al gato.—Lo que fuere sonará.

COSAS DEL DIA.

—¿A dónde lleva V. a la familia a baños, don Serafin?
—Al infierno.
—¡Hombre! no sabia que habia baños en esas playas... Serán baños de aguarrás y brea.
—¿Qué baños quiere V. que dé a mi familia? Bien llo- ran mi mujer y mis hijas porque este año no van a darse tono; pero amigo, no tengo un cuarto.
—¡Hombre! V. se queja con una fortuna tan sa- neada...
—Sí, sí, bien me la han saneado con la dichosa pol- tica... La revolucion me ha partido... La herencia de mi padre y el dote de mi mujer estaban en acciones de ferro-carriles comprados a 86. Ahora para ir comiendo tengo que venderlas a la mitad, y como esto dure mucho, me quedo como el gallo de Morón.
—¿Y la casa no le produce a V. nada?
—Sí señor, desazones, no tengo alquilada mas que una guardilla en 60 rs., y el inquilino me ha descalabra- do ya a dos administradores que han ido a reclamarle el importe de cuatro meses que me debe. Podria tomar di- nero sobre la finca, pero al paso que vamos, ¿quién sabe si lo podria pagar a su tiempo?... Nada, nada, este año veraneamos en Madrid, y nos bañaremos en el rio, y ve- remos manifestaciones.
—Malo está esto.
—Tan malo que ya se empieza a decir lo que se decia en tiempo de Gonzalez Brabo:—¡Hombre! otra situacion cualquiera será mejor que esta.
—Sí, señor, a muchas personas se lo he oido decir.
—Pues ese es un mal indicio, es señal indudable de que esto está muy malo.
—¿Tambien hoy vas con el fusil, grandísimo?...
—Pero mujer, ¿qué manía le tienes al fusil?
—¡Pues no se la he de tener!.. Esta semana has tra- bajado tres dias... es decir, treinta reales de jornal... ¿Qué hago yo con treinta reales?... Tienes los pantalones rotos, el chico va enseñando el dedo gordo, y con la chaqueta de invierno se asa de calor el angelito... y le debemos ya dos meses al casero... ¡Y todo por el fusil!.. ¡Jesús! un dia que me levante de humor, cojo el fusil y me voy a ver al señor de Rivero y le digo:—¡Ahí tiene V. S. el fu- sil de mi marido, cójale V. S. y póngase V. S. decentinela en la esquina, que V. S. es rico, segun dicen, que yo no he ido a contarle a V. S. lo que tiene ó deja de tener, y mi marido tiene que trabajar para que comamos mi hijito y yo... Con que se alivie V. S. y la compañía.
—Ya te librarás bien de ese desacato.
—¿Desacato?... Mas desacato es tener entretenido a un hombre cada dia con una co-a, y quitarle de ganar para mantener sus obligaciones.
—Vamos, ya tenia deseos de que viniera V. a darme cuenta de la recaudacion del mes. Es V. un administra- dor un poco descuidado.
—No, señor, los inquilinos me hacen ir y venir cin- cuenta veces.
—En fin, vamos a ver.
—Don Andrés, el de la tienda, dice que hasta el mes que viene haga V. el favor de dispensarle, que en lo que

vá de mes no ha vendido mas que valor de 100 rs., y no se los han pagado tampoco.
—Vamos, por esta vez pase, es inquilino de muchos años, y se le debe alguna consideracion. A ver el de la otra.
—Ese me ha dicho que no paga, porque pensando mu- darse este mes, y teniendo V. el importe del mismo tiem- po en fianza, no vé la necesidad de pagar.
—¿Y por qué se muda?
—Porque parece que ha perdido en su comercio hasta el último ochavo.
—Entonces que se vaya pronto del cuarto. De los principales habrá V. cobrado, ¿eh?
—No señor, la señora de la derecha me ha dicho que su marido que está en Cuba no le manda letra hace dos meses, y que se teme que le dejen cesante.
—Pues señor, bueno. Le habrá V. dicho que se mude.
—Sí señor, pero dice que no se muda mientras no re- suelle su marido.
—Pues mire V., va V. mañana y le dice que a mi me importa poco que su marido resuelle ó se ahogue, pero que ella me debe dos meses, y yo no puedo esperar mas.
—Y es muy guapa, eso sí.
—Entonces iré yo mismo a decirselo: ¿Y el ex-miis- tro del otro cuarto?...
—Ese me ha dicho que vaya guardando los recibos hasta que él me avise.
—¡Hombre!
—Que esto va a durar poco, y que despues de un tiem- po viene otro.
—Sí; pero el dinero no viene; seis meses hace que di- ce lo mismo. ¿Dónde echa ese hombre los 30.000 rs. de cesantía?...
—Gasta mucho, tiene coche, su mujer va hecha un brazo de mar.
—¡Y luego dicen que los caseros somos unos tira- nos! Vamos, los de los cuartos segundos habrán paga- do siquiera.
—No señor, el literato del segundo me ha dicho que los tiempos están muy malos, y que, como le quitaron el empleo, y no tiene ganas de trabajar... ni hay quien pa- gue trabajos literarios, ni quien compre un libro...
—Pues señor, es divertido. ¿Y el del otro?...
—¿Qué lástima me dió!
—¿Se ha muerto?
—No señor, pero le han embargado cuanto tenia.
—¡Hombre! ¡una persona tan formal y respetable!
—Ahí verá V., tiene unas letras que pagar, y le han salido tan mal los negocios por efecto de las circunstan- tancias, que no ha podido hacer honor a su firma. El hombre lloraba como un chiquillo.
—Bueno; pues que se mude, que de ese no hay que esperar nada.
—¿Y la camarista del tercero?
—Me ha dicho que en cuanto vuelva la reina lo paga- rá todo; que ha escrito a un personaje que está con aque- lla en París, y éste le ha contestado que dentro de unos dias volverá la Corte, y la Señora pagará todas las pagas atrasadas a sus servidores fieles.
—Sí, ¿eh? pues mañana le dice V. que ó me pague, ó se mude antes de quince dias. ¿Y el comandante del otro cuarto?
—Calle V. que por poco me pega; le han dejado de

reemplazo, y dice que no puede pagar, que seguirá en el cuarto si se lo baja V. tres pesetas diarias, y sino que se mudará cuando encuentre casa a su gusto.
—La casa a su gusto será gratis.
—Y me dijo que no volviera, que él dejaría la llave a la portera cuando se mudase.
—Pero hombre, esa gente quiere ver a su casero ¡pi- diendo limosna. ¿Y los sotabancos?...
—La modista del de la derecha me ha pagado, pero a condicion de que se le baje el cuarto. Dice que este mes no ha hecho mas que dos composturas, que no se trabaja nada.
—¿Y la viuda del otro sotabanco?...
—Esa se fué al Asilo del Pardo anteayer, y allí ha de- jado en pago de lo que debe de alquileres un retrato al óleo de su abuelo, vestido con uniforme de teniente de milicias provinciales de Getafe. Conque ahí tiene V. la cuenta, cuatro duros de la modista.
—¿Pues sabe V. que es una ganga tener una casa en estos tiempos?...
—Hay un medio para que V. no sufra tantos perjui- cios en sus intereses.
—¿Cuál?
—Rebajar los precios de los cuartos.
—Eso sí que no.
—Pues los tendrá V. desalquilados, ó no pagarán los inquilinos.
—¿Qué tal, don Anselmo, se vende mucho?
—Hoy no hemos vendido mas que dos varas de percal para un delantal de una criada. Dios le pague la caridad, que sino no se vende hoy nada.
—Pero hombre, ¿no se visten ya las gentes?...
—No sé, pero tengo confeccionada ropa blanca de toda clase, telas de todos precios, y géneros preciosos de la estacion, y nada, no se vende nada. Algun soldado li- cenciado se compra una camisa de cuatro pesetas, alguna ama de huéspedes viene a buscar sábanas de a doce cuar- tos vara, y algun que otro empleado de los nuevos compra a su mujer un vestido de chaconada para ir los do- mingos al teatro del Recreo, que hay comedia y obse- quio... y pare V. de contar.
—¿A dónde vá V. doña Marcelina?
—Hijo, al Monte.
—¿A cortar leña?
—No señor, a empeñar los cubiertos; aquel está cesan- te desde setiembre y se acaban todos los recursos. Si tu- viera V. algun conocimiento para que repusieran a mi marido... ¿Es V. por casualidad amigo del regente?
—No señora.
—Y a Prim, ¿le conoce V?...
—Sí, señora.
—¡Ay! pues a V. me agarro, me ha de dar V. una carta para él ó una tarjeta, ó me acompañará V. a verle.
—Con mucho gusto, pero le advierto a V. que le co- nozco pero es solo de vista.
—Diga V., D. Serapio, ¿y aquellos extranjeros que llenos de dinero iban a venir a emplearlo en España en cuanto se estableciera la libertad de cultos, cuándo vigen?
—Pronto; pero como traen tanto dinero tienen que ve- nir muy despacio.

—Porque, si no nos produce la libertad de cultos esas ventajas de que nos hablaban los diputados y los periódicos, ¿para qué sirve?

—¡Hombre! para nada, pero hay que hacer como que se hace algo, y así se emboba y se entretiene a la gente.

—Dígame V. D. Hermógenes, ¿cuánto le queda de cesantía a cada ministro?

—30,000 rs. ¿Piensa V. serlo?

—No señor, pero quiero presentar a la consideración de V. este problema...

—Veamos, yo soy muy aficionado a matemáticas.

—Pues bien; dadas esta situación interina, las ambiciones que se han despertado hasta en las mas nulas nulidades, y el desprestigio en que caen en seguida los ministros, y suponiendo que esta situación dure tres ó cuatro años, ¿a cuánto ascenderá el importe de las cesantías de los ex-ministros en aquella fecha?...

—Será una cosa enorme. Calcule V. que van a ser ministros todos los diputados, todos los periodistas, todos los alcaldes y todos los comandantes de voluntarios, y eche V. la cuenta.

LOS QUE CONOCEN EL TERRENO.

Hace algu tiempo que fui a visitar la Granja, y la cascabilidad colocó a mi lado en el interior de la diligencia un hombre ya de edad, un jóven de unos diez y ocho a veinte años, y una jóven mas jóven que el jóven, todos gente ordinaria, como suele decirse, a pesar de su traje; pero hoy ya nadie ignora que no es el hábito el que hace al monje, sino el dinero.

Mi hombre parecia un honrado tendero, ó cuando mas un hábil comerciante de la calle de Postas.

Era sábado, y en el semblante de mis compañeros de viaje se revelaba la satisfaccion con que echaban aquella capa al aire.

A esta satisfaccion unia el jefe de aquella familia la no menos dulcisima de su supremacia sobre los que iban a sus órdenes. Era un hombre que ya habia estado en la Granja, que conocia el terreno, y no escaseaba las muestras de su erudición.

Sabia los nombres de los árboles que bordaban el camino, los de los propietarios de las casas de campo, de los cortijos y hasta de las cabañas, la historia antigua, media y contemporánea de aquellos contornos.

Sus compañeros, que, como despues supe, eran provincianos, y sobrinos suyos—él era solteron—le oían con la boca abierta, y estoy seguro de que decían, para su levita él, y para su pañuelo de crespon ella:

—¡Cuánto sabe este hombre!

—Pero se contentaban con exclamar de vez en cuando:

—¡A V. no se le escapa nada!

—¡Qué memoria tiene V.!

—Ya se vé, respondía él payoneándose, ¡conozco tanto el terreno!

Mi hombre me pareció un tipo delicioso, y me propuse darle publicidad.

Como al hablar, tambien se dirigía a mí, no tuve mas recurso que hacerle una pregunta.

—Se vé, me dijo orgulloso de su superioridad, se vé que es

LA NOVELA DE LAS NOVELAS.

(Continuación.)

La mayor parte del día la pasaron de este modo.

Aristides empezaba a desesperarse, cuando notó que cambiaban de dirección.

Nuestros dos personajes se veían arrastrados por la caída de un aereolito, cayendo afortunadamente en las transparentes olas de un lago azulado.

Al llegar al fondo, Aristides se acordó de los versos de Scribe, en los que aconseja que se dé una patada para subir en seguida a la superficie.

El héroe lo hizo así, pero con tanta desventura, que dió en el pecho al desconocido.

Este le devolvió su ofensa, y Aristides notó que subía a fuerza de los puntapiés que el Desconocido le aplicaba donde el lector puede presumir.

Con este auxilio no tardó en llegar a la orilla, y, una vez allí se acostó sobre el musgo para que su traje pudiera secarse.

Despues de descansar algunos instantes, se dedicó a explorar los alrededores.

Conversacion de Vénard con un turco.

Se hallaba en un valle delicioso, cuyo aire tenia la singular propiedad de nutrir a los que le respiraban; de manera que los habitantes de aquella comarca podían emprender los mas largos viajes sin necesidad de hacer provisiones.

Aristides descubrió algunos grupos de rocas, y la curiosidad le impulsó a acercarse a ellas y tocarlas.

—¡Cuál no sería su asombro al notar que era tanta su blancura, que cedían a la menor presión, como la lana ó el caoutchouc!

Jamás hubiera comprendido este fenómeno si no se le hubiera explicado en seguida.

la primera vez que va V. al real sitio de San Ildefonso.

—Ciertamente le dije.

—Pues nada, amigo, únase V. a nosotros, y no le irá del todo mal; yo conozco el terreno. Pero es preciso que se gale V. por mí; nada, obediencia ciega.

Entusiasmado con mi encuentro, no quise desperdiciar la ocasion, y me decidí a ser de los suyos.

Llegamos a la Granja, y salieron a recibirnos una porcion de curiosos.

—¡Eh! comenzó a gritar mi hombre descubriendo en el grupo un aldeano; ¡tio Bruno... tio Bruno!...

El tio Bruno se presentó.

—Aquí estamos, mi amo.

—Hola, querido, añadió el conecedor tendiéndole la mano, ¿cómo va de salud?

—Vamos tirando.

—¿Y la parienta?

—Buena.

—¿Ya tendrá V. muchos chiquillos? Desde la última vez que nos vimos han pasado seis años.

—P.ch... no se ha desperdiciado el tiempo.

—Siempre tan corriente, ¿no es verdad? Conque vamos, señores, añadió dirigiéndose a nosotros, vámonos a la fonda, despues visitaremos el palacio y los jardines.

—Si quieren Vds. que yo les acompañe, como la otra vez, para que no se pierdan... dijo el tio Bruno.

—¿Perdernos? Bueno es eso; gracias, amigo; ya conozco el terreno.

Impaciente nuestro leader hasta mas no poder se puso en marcha y nosotros le seguimos. Debo advertir que los dos individuos que le acompañaban me pasaban revista para contar en su provincia todos los pormenores de mi traje y de mi persona. Con esto tenían sin duda para un año de conversacion; pero prosigamos nuestra historia.

Dimos algunos pasos, y nos hallamos en la fonda.

Mi hombre, a quien llamaré, sin temor de equivocarme, D. Blas, tropezó con una graciosa serrana que servía en la fonda.

—Ola, muchacha, le dijo, ya no te acordaras de mí, pero tú no te me has des pintado; eres Francisca, la bella Francisca, como quien dice: ¿Y qué se ha hecho de Pablo?

—¡Pablo!

—¡Si, aquel jóven pintado de viruelas que te hacia cocos.

—¡Toma! se ha ido a servir al rey.

—Pues a ver cómo tu nos sirves y nos tratas a cuerpo de idem. ¿El ama estará buena? Ante todo, has de darnos el cuarto número 4; es muy posible que nos quedemos aquí algunos días, y necesito el núm. 4.—La última vez que estuve aquí, ese fué el cuarto que ocupé, me dijo, un cuarto excelente, con unas vistas... Ya verá V... Ya verá V. como conozco el terreno.

En esto llegamos a presencia del ama de la casa.

—Amiga, no pasan años por V., le dijo D. Blas; está V. hecha una jóven, como cuando nos vimos hace seis años, ¿se acuerda V.?

—Caballero, no tengo el gusto...

—¿Cómo que no? Tenia V. un vestido de lana azul y verde, un pañuelo encarnado... por cierto que en aquellos días rabió un perro, y la gente se alarmó... ¿no se acuerda V.?

—Han rabiado tantos perros aquí...

—Vamos, ya veo que es V. flaca de memoria, pero no importa, como parroquianos, es decir, soy parroquiano de V., y espero que me tratará bien, sobre todo el número 4...

El ama nos condujo al cuarto en cuestion.

—¡Cómo! exclamó D. Blas, ¿es aquí donde estuve? si parece mentira, el papel era verde.

—Lo hemos cambiado hace dos años,

—Había dos cuadros, Abelardo y Eloisa, Pablo y Virginia, y en su lugar han puesto otros.

Un amante desgraciado habia acudido el día anterior a gemir en aquella soledad, y las rocas no habian podido resistir a su acento doloroso.

Las unas se habian abierto de arriba a abajo; las otras se habian ablandado hasta convertirse en cera, y las mas duras se habian enternecido.

Fácilmente se comprende por esto solo cual debía ser la complacencia de los ecos en un país donde las rocas son tan sensibles.

Vénard se internó en un sendero que serpenteaba en torno de una verde colina, y apercibió a un turco que fumaba en una interminable pipa, de cuya chimenea salían nubes de humo azulado.

No pudo resistir al deseo de interrogarle.

—Soy el cuento oriental, dijo el turco, y ya que he logrado inspiraros interés, voy a satisfacer la curiosidad que leo en vuestros ojos

VI.

Historia de Chems-Eddin, hijo de Muley-Ben-Chameau.

Mi padre era uno de los mas ricos joyeros de Damasco, y tenía por vecino a un cadí, bárbaro y enamorado, llamado Mustafalem.

La raza de los cadís es tan bella y rastrera cerca de sus superiores, como orgullosa y arrogante con sus subordinados. Los de abajo pagan los desdenes y los desprecios de los de arriba.

Mustafalem tenia una hija mas bella que la luna llena. Se la llamaba Selmi-Kurak, que significa Flor de los presules.

Sus lábios tenían el brillo del coral; sus dientes eran mas blancos que las perlas que se ven en el fondo del mar, y su cabellera rodeaba once veces su talle.

Pero antes de continuar las aventuras de mi padre, quiero daros a conocer la historia de Mustafalem.

Historia de Mustafalem, cadí de Damasco.

Un día que Mustafalem fué a cobrar una considerable suma

—Es claro, aquellos eran viejos.
—La cama estaba a la derecha, las sillas eran de Vitoria.
—Es cierto; pero...
—Pues no ha de serlo... yo me acuerdo muy bien... cuando les digo a Vds. que conozco el terreno.
—Don Blas se asomó a la ventana.
—Esto es lo que no ha cambiado, exclamó; las mismas vistas, las mismas deliciosas vistas.

Y cogiéndome de la mano y obligándome a ver el panorama que se desarrollaba a nuestros ojos, añadió:

—Mire V., mire V.: aquel edificio es el palacio; detrás está lo que se llama el mar; los árboles que se ven a la derecha rodean las mas preciosas fuentes; aquellos álamos que hay un poco mas allá son los que están al lado de la fuente de las Chinitas; la casa que se vé cerca de los jardines es la antigua fábrica de cristales; y allá, a lo lejos, se halla la Boca del Asno...

—Usted, amigo, le contesté, se sabe de memoria este real sitio.

—Cuando le digo a V. que conozco a palmas el terreno, repuso, pero no hay que perder tiempo; vamos a visitar los jardines.

(Se continuará.)

CREO EN DIOS.

Creo en Dios. Mi razon y mi conciencia me hablan de Él incesantes y en Él creo, señales de su santa omnipotencia do quier que miro irrefectables veo. Pública ostentacion de mi creencia necesito hacer hoy, pues no deseo que arranque el miedo a mi última agonía, mi profesion de fé, quizás tardía.

El solo es grande, poderoso, santo, Él solo es la verdad que en Él reside, a su voz marcha el tiempo, y entretanto, su vida solo el infinito mide; de su gloria inmortal el orbe es canto, Dios del amor, amor tan solo pide, y antes se cansa el hombre de fallarle que Él de compadecerle y perdonarle.

El rige de los astros el concierto, les marca en el espacio su camino, vé de lo porvenir el libro abierto, y en él decreta al hombre su destino. Solamente en su ser no hay nada incierto, todo concurre en Él a un fin divino, la inmensidad le sirve de morada y es un átomo el mundo a su mirada.

Las nubes son su asiento de topacio, de su poder el rayo mensajero lámpara del sol que alumbró su palacio, pedestal de su trono el mundo entero. No ruge el huracan en el espacio, ni el soplo de la brisa mas ligero, hace mover la arista, ni se mueve sin que su voluntad a ello le lleve.

Él creó al hombre que al venir al mundo miró a naturaleza frente a frente, y en desaliento se abismó profundo; para luchar hallándose impotente;

a casa de uno de sus deudores, encontró a un camellero que se arrancaba los cabellos, y daba las mayores pruebas de desesperacion.

Quiso conocer la causa, y hé aquí lo que le contó el camellero:

Historia de Zerri-Hurredin y de la mulata de Bassora.

Yo soy hijo de un pastelero de Bassora que fabricaba los postres para el palacio del sultan Tiphili-Ramadin.

Este recogió en su palacio a un miserable que pasaba por un hombre de una gran experiencia.

Llamábase Mac-ben Seid, y las circunstancias en que le halló son demasiado misteriosas para que os las oculte.

Historia de Mac-ben Seid y de Tiphili-Ramadin, sultan de Bassora.

Un día que el sultan saltó a caza.

—Permitidme, interrumpió Aristides, vuestra confianza me honra, pero mis ocupaciones me obligan a seguir mi camino. ¿Seréis bastante amable para indicarme el camino mas corto para llegar a la capital?

—Nada mas sencillo, respondió el turco; encontrareis a la derecha el reino de la caballeria; despues la república de los Pastores; atravesareis en seguida la Arcadia y las obras traducidas del inglés, y llegareis a donde deseáis.

—En qué posada me aconsejais que me detenga?

—Es igual; en la posada Hachette, ó en la de Miguel Lévy.

—Señor turco, tengo el honor de saludaros.

—Apropósito, añadió el turco, si encontráis por ahí un hombre de buenas tragaderas, enviádmelo; tengo muchas cosas que contar.

—No lo olvidaré.

—Tantas gracias, Agur.

(Se continuará.)

su esfuerzo que juzgara sin segundo, muy luego decayó, mas de repente, sintió un soplo de Dios y en el momento palpito en su cerebro el pensamiento.

¡El pensamiento! Agente poderoso que torna al hombre rey de lo creado, y á conseguir su fin santo y glorioso le ayuda á su servicio destinado. Al ser débil, desnudo y temeroso trueca en fuerte y altivo y esforzado, y para conmovier al mundo emplea la invencible palanca de la idea.

A su poder inmenso la natura sintióse sojuzgada y sometida, doblegaron los mares su bravura, el ave, salvacion buscó en la huida, vistieronse los campos de verdura, pronto en doradas mieses convertida, y á paso tardo, perezoso, incierto, el leon fué á perderse en el desierto.

Triunfo de Dios que su poder aclama, y es testimonio fiel de su existencia, que á la vez del espíritu proclama sobre lo material la preeminencia. Quien no vé en él á Dios, quien no le ama y resiste tenaz á la evidencia, en vano de la luz buscará el fuego, que no puede encontrar el que está ciego.

E. ZAMORA Y CABALLERO.

CASCABELES.

En la provincia de Valencia menudean los asesinatos. Es una delicia cómo se entiende la libertad por ciertas gentes en aquella hermosísima parte de España.

Pues señor, los diputados que toman destinos y siguen en el Congreso, violan la Constitución. Y no hay quien interpele al gobierno sobre este asunto. Amado pueblo, ya te irás convenciendo de que todos son lo mismo.

Vds. creerán que los pobres viejos y las infelices viudas que cobraban por la tesorería de Palacio habrán cobrado ya algo.

Pues no, señores, no han cobrado nada. Se les ha condenado á muerte de hambre, hoy que se indulta á todos los asesinos. Y mucho es que no les obligan á jurar la Constitución, antes de que se mueran.

Me parece que el general Prim ha demostrado cumplidamente que no está á bastante altura como hombre de Estado para ser Presidente del Consejo.

Esperamos que, para conservar su prestigio, hará dimision un día de estos.

Yo no soy médico, porque no sé ni tomar el pulso; pues tampoco el señor general puede ser gobernante porque no sabe.

Me parece que no le podemos hablar mas francamente.

Tres gobiernos tenemos; ¡ay! con uno bueno estaríamos mejor.

Los tres gobiernos son: El del regente. El de los pactos federales. Y el de los periódicos que merecen la confianza del señor Rivero.

Todo hace creer que pronto entrarán en el ministerio tras ú cuatro de los republicanos convertidos á la monarquía-democrática, cuyo capitan general es el alcalde señor Rivero.

Ellos, eso sí, tienen unas ganas terribles de ser ministros. Los pobres, como nunca podían creer verse en tales pasos, están como los chicos en visperas de ferias.

Que sean, que sean ministros; mas pronto conocerá el público lo que no saben.

Aquí va á ser ministro todo el mundo. Cuando encuentro en la calle al carbonero que me lleva el carbon, le dejo la acera y me quito el sombrero, por si es ministro un día ú otro.

El ayuntamiento de Reus ha abolido la fiesta religiosa de San Pedro.

¡Digo, si será liberal! Aquel ayuntamiento que es, vamos al decir, el padre del matrimonio civil, quiere lucirse por lo visto, y lo consigue.

Pues señor, á nadie se le hubiera ocurrido que los que hacían una revolucion tan radical como la de setiembre, no habían luego de saber gobernar, hallándose sin obstáculo alguno que les impidiera hacer el bien del país, ellos mismos habían de ser los que más obstáculos pusieran á la consolidacion de su misma obra.

Un afortunado amigo que suele tener tres ó cuatro pesetas algun dia, nos ha hecho ver las nuevas monedas de dos pesetas. Son muy cuquitas y retucientes, y en ellas aparece todavía España tendida á la bartola esperando un buen gobierno.

Por variar, debian de acuñar moneda con el busto del Regente ó de Rivero.

Al general Serrano le ha regalado el Prim de Túnez, ó sea el presidente de aquel Consejo de ministros, una montura magnífica, y un sombrero con plumas de avestruz.

Los diputados han podido ver estas magnificencias en el Congreso donde han estado expuestas.

Por supuesto que el ministro tunecino podia haber elegido plumas de otro animal un poco mas ilustrado; pero, en fin, se conoce que en Túnez los avestruces son muy estimados.

La fábrica de papel continuo de Rascafria, casi destruida hace año y medio por un violento incendio, ha vuelto nuevamente á funcionar; habiéndose montado una máquina de la mejor casa constructora de Angulema, que permite fabricar papeles de todas clases y tamaños con toda perfeccion y con una notable economía.

Recomendamos á todos los editores y empresas á esta antigua y acreditada sociedad, que nos surte á completa satisfaccion de este importante artículo de nuestra industria. Los papeles de Rascafria son indudablemente de los mejores que se fabrican en España, y bien merece elogiarse una sociedad que así se esfuerza en levantar tan importante ramo de la industria española.

Constantes en nuestro propósito de aplaudir los adelantos de la industria española, tenemos hoy el gusto de recomendar la fábrica de corsés de la calle de Preciados, núm. 6 cuyo anuncio verán nuestras lectoras en la seccion correspondiente de este periódico, y de copiar el siguiente comunicado que hallamos inserto en el núm. 175 de nuestro colega La Cosa Pública.

«Señor director de La Cosa Pública.

Muy señor mio y de mi consideracion: He leído diferentes veces y con gran placer en el periódico que V. tan dignamente dirige, los artículos escritos por V. que tienden al adelantamiento de la industria de nuestro país, y he visto, en efecto, que con un poco de proteccion y mas patriotismo, llegaria muy pronto ésta á la altura de las de otros países, si bien en algunos artículos está ya tan adelantada ó mas.

Después de algunos años vengo gastando los corsés-fajas hechos en París, Madrid y otros puntos, para sujetar y disminuir el vientre, pero á pesar de lo mucho que en ellos he gastado, no he podido conseguir el encontrarlos á mi gusto, e- ta es, cómodos é higiénicos, hasta que al fin tuve la dicha de encontrar lo que apetecía en la calle de Preciados, núm. 6, tienda de corsés. La amable directora de esta fábrica ha comprendido bien la manera de dar á sus corsés, gracia, comodidad y conveniencia, á la par que baratura, y yo agradecida á dicha señora y deseosa como estoy de la prosperidad de nuestra España, suplico á V. se sirva insertar esta carta en su ameno instructivo periódico, á fin de hacer conocer el mérito de esta industrial á quien deseo de todo corazon la mayor prosperidad. Queda de V. atenta S. S. Q. S. M. B.—Una suscritora.»

MADRID: 1869.—Imprenta á cargo de Diego Valero, Calle de las Hileras, número 4, bajo.

CAPITULO XXV.

Continúa el mismo asunto, por variar.

Tomó asiento la recién casada en el sitio principal de aquella magnífica mesa, y por indicacion unánime del distinguido concurso su primo el baron Luiggi de Castellonero ocupó el asiento inmediato al de la reina de la fiesta.

Los convidados no sabian qué hacer para lograr las simpatias de la recién casada, que el mejor dia seria ministra y que era ya persona de cierta influencia en palacio, por haber sido apadrinada en sus bodas por los reyes, y en todas partes por su peregrina hermosura; no sabia aquella gente adulatora y servil que en lugar de hacerle un favor, la estaba proporcionando un horrible martirio. Pero era tan bella pareja la que formaban los dos primos, que cualquiera que hubiese entrado en el salon, sin conocer á los recién casados, con solo pasear una mirada por la concurrencia se hubiera fijado y designado á aquellos dos jóvenes, que parecian nacidos para unirse y amarse.

Y si al que tal creyera le hubiesen sacado de su error, y mostrádole el verdadero esposo y mártir de la hermosa, de fijo que hubiera sufrido cierto pesar al ver cierto lo ab-

surdo y repugnante,—que absurdo y repugnante es el matrimonio de un viejo gastado y vicioso, con una mujer joven, hermosa, y llena de salud y de vida,—y falso lo que parecia mas bello, mas lógico y mas natural.

—Los primos parecen los verdaderos novios, observó una señora.

—¡Maldita seas! pensó el marido, echando una mirada llena de enojos á la señora que acababa de decir aquella gracia, cuya señora habia sido en otro tiempo una de las mas favorecidas por Tomasito Meco, y que no sabe mos qué derechos creia tener al averiado corazon del novio; el caso era que veia con muy malos ojos aquella boda, y que de buen grado hubiese dado algo bueno porque á la novia le salieran en aquellos solemnes momentos unas viruelas negras de las mas pegajosas y destructoras.

La pobre señora estaba volada al ver aquel disparate que hacia Tomasito Meco, porque ella juzgaba disparate todo lo que no fuese casarse con ella, como habia esperado en vano algunos años, fiada en las protestas de amor del ex-ministro.

El primo se la habia llevado apoyada en su brazo, y ella ¿qué habia de hacer?

Su posicion era sumamente comprometida.

Tenia miedo, como lo tiene siempre quien no se ha conducido como debe.

Temia que su compañero de la infancia diera un escándalo; temia que en medio de aquella sociedad cortesana fuera á descubrir aquel hombre la historia de la que se habia convertido en gran señora.

La serenidad del artista la impresionaba vivamente.

Su prometido estaba, en su concepto, dispuesto á todo.

Sin embargo, no era mujer de amilanarse en aquel trance, y ella fué la que primero rompió el silencio, cuando se hallaron en un sitio donde no habia convidados.

—Luis, ¿qué pretendes de mí?... dijo, procurando contener la ira que rebotaba en sus labios y en sus ojos. ¿Qué significa esto?...

—Nada, no significa nada, hé querido venir á tus solemnes bodas, y como no me has invitado, he tenido que tomar el pretexto de fingir ser uno de los individuos de tu familia de Castellonero. ¡Bonita familia! ¿Dónde diablos has hallado esa familia tan ilustre?

—¿Luis!...

—¿Te enojas?...

—Mi posicion es otra.

—Otra?... Y porque sea otra tu posicion, ¿habrás dejado de ser una mujer infame y miserable, digna del desprecio de las personas honradas?... ¡Infame! sí, no, no te vas, te he de llamar infame una y mil veces... ¡Infame! no vengo á echarte en cara tu origen, no vengo á culparte de la culpa de tus padres, pero vengo á decirte que has despreciado á mi madre, que has huido de ella, de mi madre, que te amó como á hija, que hizo por ti los mayores sacrificios, que te dió abrigo en su hogar, que de ti fué mi ventura, que es lo mismo que haberte dado su vida entera... ¿Qué has hecho, miserable, de la felicidad de mi madre?... ¿Qué has hecho de la mía?... ¡Oh! yo te he amado como á un ángel del cielo, yo no he pensado mas que en tí, yo venia lleno de esperanza y de ventura... y tú,

infame, tú, perjura, tú has destruido en un momento mis esperanzas, mi porvenir, mi vida... Si, mi madre se morirá de pena, pensando en tu ingratitude y mi desventura, yo moriré porque, ¿para qué quiero vivir?...

—Luis, calla, que vienen.

—¡Ah, sí!... ¡cuánto celebro, prima mia, que esta boda haya colmado tus deseos! ha hecho una eleccion admirable; el conde, tu esposo, es un hombre de talento, joven, pero que si parece de mas edad es porque el estudio, el talento hacen envejecer prematuramente... es un esposo digno de tí.

Y los que veian á la hermosa pareja hacian comentarios muy curiosos en los diversos corrillos en que se dividia la escogida concurrencia.

—Me parece á mí, decia un gran murmurador, que la recién casada no esperaba la visita de su primo.

—¿Por qué?... Su visita me parece muy natural...

—Es verdad, entre primos...

—No hay prima que no haya tenido por amante á su primo.

—El ahora le dará sus quejas, ella se disculpará... y luego...

—Entendido... ¡Pobre Tomasito Meco!

—Vaya que un hombre de su edad no tiene mucho derecho á quejarse.

—Es verdad, al demonio se le ocurre casarse á sus años.

—Todos estos solterones, que han sido el escándalo del mundo en sus verdes años, acaban tan trágicamente como este pobre diplomático.

—La noche de la boda ya le sale el primo, —Eso no es malo, amigo mio.

—¿Por qué?...

—Porque así se acostumbra el marido desde el primer dia.

—¿Qué lengua de hacha!

—¡Hombrel lo que digo no tiene nada de particular.

Y en tanto que en un extremo de los salones continuaba esta conversacion, Luis é Isabel, que ya es hora de que bauticemos á esta señora sin nombre hasta aqui, conversaban, al parecer le mas amigablemente del mundo.

POLVOS Y PASTILLAS AMERICANAS DEL DOCTOR PATERSON.

Hace quince años que los médicos franceses y extranjeros están unánimes en la superioridad de estos productos... Hace quince años que los médicos franceses y extranjeros están unánimes en la superioridad de estos productos...

Acetate de Bellotas, privilegiado, clarificado y perfeccionado, por el inventor L. de Brea y Moreno, para los cabellos...

ALGUNOS PUNTOS DE VENTA PARCIALES. (Entiéndase que la P. quiere decir Perfumería, la C. Comercio, la F. Farmacia, y la D. Droguería.)

- Albacete, P. de Martínez, y F. de Tebar. Almería, F. de Moya. Alicante, F. de Soler, F. de Hernandez, y F. de Bellido. Avila, C. de la viuda de Gutierrez...

NOTA. Exijase mi prospecto timbrado, mi nombre en los frascos y cápsulas, y la etiqueta firmada, por que hay falsificadores sin decoro ni conciencia, del secreto de fabricacion.

El inventor, L. de Brea y Moreno, Proveedor de todo el Atlas.

JAQUECAS INGA DE LA INDIA NEURALGIAS DIARREAS. DE GRIMAULT Y C. FARMACEUTICOS DE S. A. EL PRINCIPE NAPOLEON...

BAÑOS PORTATILES A DOMICILIO. Hilera.—4.

Se sirven con la mayor puntualidad y limpieza. Precios: 10 reales, por abono, y 12 reales los freos

ESENCIA BENZINA PURA PARA QUITAR MANCHAS.

Se vende en frascos de 4 y 8 rs. en el laboratorio quimico, calle del Caballero de Gracia, núm. 3. Por mayor precios convencionales



Fábrica de corsés. Especialidad en corsés-fajas para sujetar y disminuir el vientre.

Este corsé-faja es el recomendado por los facultativos y reúne a la vez gracia, comodidad y conveniencia. La directora de esta fábrica pasará a la vez gran aviso, a casa de las señoras a tomar las medidas...

BAÑOS DE SAN FELIPE. Hilera.—4.

Su situación en el punto mas céntrico de esta capital; los elegantes y aseados gabinetes de los baños, recomiendan y acreditan cada día mas este bello establecimiento.

BALNEARIO DE SAN FELIPE. DIRECCION FACULTATIVA.

BAÑOS DE VAPOR.

Son un excelente medio para combatir con prontitud los dolores reumáticos, las afecciones sifilíticas y nerviosas inveteradas, los herpes, y las escrófulas.

VERDADERAS INYECCION Y CAPSULAS RICORD DE CH. FAVROT. Único poseedor de las Formulas autenticas. Para evitar las falsificaciones, exijase el nombre y firma: CH. FAVROT

JARABE DE CORTEZAS DE NARANJAS DE J. P. LAROZE, FARMACEUTICO EN PARÍS.

35 años de éxito atestiguan su conocida eficacia.

TÓNICO EXCITANTE, para recomponer las funciones del estómago, activar las de los intestinos y curar las enfermedades nerviosas agudas ó crónicas.

TÓNICO ANTI-NEURÓTICO, para curar esas indisposiciones numerosas precursoras de las enfermedades que él cura al nacer y facilitar la digestión.

ANTI-PERIODICO, para quitar calofríos y calores con ó sin intermitencia, de los que los amargos son los específicos, y curar gastritis, gastralgias.

TÓNICO REPARADOR, para combatir el empobrecimiento de la sangre, la dispepsia, la anemia, el agotamiento, inapetencia, languidez.

Este jarabe está siempre en frascos especiales con instrucción revestida de la marca de fábrica de J. P. LAROZE, 2, rue des Lions-Saint-Paul, París.

Depósito general para España, farmacia del Doctor Simon, calle del Caballero de Gracia, 3, Madrid.

Depósitos: Madrid, Borrell hermanos; Saragosa, Moreno Miquel.—Barcelona, Ramon Cuyas, calle de Launder, 4; Borrell hermanos; Gomez y Fortuny.—Alicante, Hernandez.—Cádiz, Tacónnet.—Valencia, Miguel Domingo y Roncal, y en casa de los principales farmacéuticos.

El ex-ministro que pudo verse libre de las preguntas que sobre el noble baron Luiggi le hacian sus amigos, y que estaba sumamente inquieto, se echó a buscar a su mujer, y la halló con el joven, apoyada en su brazo, y hablando con él.

vieran metiendo un alfiler por el estómago, que baile, que baile con su primo... Yo no bailo ya. Y rompió la orquesta un magnifico wals, y todo el mundo se trasladó al salon del baile, y Luis y su prometida empezaron a bailar pausadamente al principio, pero despues con una rapidez vertiginosa.

jovialidad los plácemes que le daban señoras y caballeros por su fuerza y agilidad. —Mucho baila V., le dijo una señora muy gorda, ya entrada en años y salida tambien de muchos, pero no me extraña; yo me atrevo a seguirle a V. doble tiempo que le ha seguido la hermosa desposada.

bre, si no hubiese tenido la feliz ocurrencia de inventar una nueva figura de lanceros. En tales y tan pequeños principios suele a veces fundarse el próspero destino de un hombre, la suerte de un pueblo, el porvenir de una dinastía, la ruina de un trono secular.

bre, si no hubiese tenido la feliz ocurrencia de inventar una nueva figura de lanceros. En tales y tan pequeños principios suele a veces fundarse el próspero destino de un hombre, la suerte de un pueblo, el porvenir de una dinastía, la ruina de un trono secular.